

ALZATE, EDUCADOR ILUSTRADO

Rafael MORENO

ALZATE ES UNO DE LOS representantes en México del movimiento llamado de las luces o de la razón, de tan fecundas consecuencias en el mundo entero. Sin embargo, no parece que sea conocida entre nosotros la naturaleza positiva de sus escritos. Comúnmente se le concibe o como un científico más o menos conocedor de los adelantos europeos, o como un reformador y un gran destructor del pasado colonial, y, por eso, nuncio de nuevos tiempos y hasta precursor ideológico de nuestra independencia política, cuando no de la espiritual. Ciertamente es un científico, un reformador y un precursor de la vida moderna de México. Pero ni esto agota su obra, ni reside en esto la explicación de su recia personalidad y, mucho menos, la significación de su pensamiento ilustrado o la razón de todos los desvelos, los odios y cuidados que tuvo que sufrir por dedicarse a escritor público.

Alzate persigue ante todo un fin positivo: el de transformar la mentalidad novohispana por la educación. Quien lee atentamente las publicaciones periódicas por él dirigidas encontrará que a través de la crítica de la escolástica y de la enseñanza en general, desde la infantil hasta la universitaria, existe una convicción honda, la necesidad de una nueva educación para todos los habitantes de la Nueva España, la necesidad de una reeducación desde las ideas más sencillas y fundamentales. Tan dominante es esa preocupación en la obra alzatiana, que puede calificarse toda ella como un plan grandioso para educar a los hombres que entonces integraban la nación. Sólo que este carácter ha pasado inadvertido a causa de la naturaleza misma de los escritos, cuyos temas son siempre ocasionales, de circunstancias.

Reforma educativa.—Cierto es que en ninguno de sus escritos expuso Alzate una teoría pedagógica en sentido estricto, como tampoco propuso un plan determinado de estudios. Pero no es menos cierto que en todas sus publicaciones existe un

tema expreso, dominante, consciente: la reforma de la inteligencia, de las costumbres y de la vida entera de la colonia, lo cual era imposible llevar a cabo sin una transformación radical de todas las formas educativas de la mentalidad novohispana.

Como Zapata y Feijóo en España, Alzate está dotado de una clarividente conciencia histórica sobre lo que México había sido, sobre lo que era y lo que debía ser. Como ellos, trata por todos los medios de hacer que sus compatriotas tengan la misma conciencia. Debido a esto, las publicaciones periódicas se convierten en el mejor instrumento para mostrar a propios y extraños la capacidad del ingenio americano y la grandeza de la tierra y de las ciudades del Nuevo Mundo; pero también para reconocer, no sin tristeza, que América y México en particular no sólo son despreciados por los viajeros y por algunos historiadores europeos, sino que de hecho no participan en la historia universal, ajenos como están a los progresos logrados por el hombre moderno. Cada escrito, cada página, los prólogos sobre todo, son al mismo tiempo un grito de alarma contra los peligros que amenazaban malograr el destino de América y una predicación en favor de la cultura y maneras de vida dominantes a la sazón en los pueblos civilizados por excelencia, Francia e Inglaterra.

Esta conciencia, que bien podríamos llamar histórica, de México y de su lugar en América y en el mundo, determinó la naturaleza de la obra alzadiana: un plan maestro, quizá el más grandioso de la segunda mitad de nuestro siglo xviii, para descubrir y analizar las causas que hacían "cultos" y directores de la historia a los pueblos inglés y francés, así como para descubrir y analizar las causas que producían el atraso cultural de su patria dejándola fuera de los anales humanos. Un examen de conciencia, por cierto, cuyos datos y soluciones no eran difíciles de encontrar. En efecto, las razones del progreso europeo saltaban a la vista. Por lo que respecta a México, no era un secreto que se había adueñado de las aulas y de la vida toda de la colonia una escolástica rutinaria y formal, "filosofía que el tiempo y la preocupación tenían reconocida como infalible, como la base que debía dirigirnos en todas nuestras acciones, en todos nuestros pensamientos". Ella era la causante, no sólo de que los extranjeros llamasen "ignorantes" a los americanos (que esto no sería obstáculo intrínseco para la

grandeza del Nuevo Mundo), sino de que se estuviese malogrando el destino universal de México y de América a causa de los prejuicios, la ignorancia, los errores, las falsas tradiciones, las supersticiones, el temor al mundo moderno, características todas de la escolástica. Y como todo el pasado colonial estaba dominado por esa filosofía, Alzate afirma sin reserva que era la historia propia la que impedía el logro de una grandeza que fuera reconocida por las naciones civilizadas.

De esta manera la historia propia quedaba sin razón justificativa de su existencia. Por eso Alzate no quiere aceptarla como suya, y la presenta a los lectores como el modelo de lo que México no debe ser. De esta negación nacía la urgencia de una reforma que cambiara las ideas, los sentimientos, los hábitos, en una palabra, que conformara un nuevo hombre en México. Éste y no otro es el alcance que Alzate da conscientemente a su obra. Por cuantos medios tuvo a su alcance (y los periódicos le proporcionaron bastantes) predicó que el remedio de los males nacionales estaba en una reforma universal del mexicano, y que ésta sólo era posible por una educación, también universal, que cambiase la mentalidad del campesino y del comerciante, del sabio y del hombre de la calle.

Las proporciones educativas de la obra alzateana así concebida se manifiestan al que lea una de sus páginas. En la amalgama de los temas más diversos, que eso son los periódicos, existe la convicción de que la historia o, lo que es lo mismo, el pasado decadente de la colonia aceptó la filosofía escolástica y las normas de vida y de pensamiento derivadas de ella porque, habiendo los novohispanos abdicado de la razón, todas las inteligencias que formaban la patria se encontraron sumidas en la ignorancia. Esta tesis, cuyas raíces modernas son innegables, tiene como correlato la demostración, también moderna, de lo accidental de la decadencia. Según Alzate, la abdicación que los antepasados hicieron de sus derechos fué un acto voluntario; pero este acto no podrá repetirse cuando las luces hagan caer la venda que cubre los ojos de los tradicionalistas. Por otra parte, la ignorancia solamente impidió el recto uso de la razón o, cuando más, atrofió su funcionamiento, pero no destruyó su naturaleza, que consiste en ser iluminada e iluminar. Por debajo de errores y prejuicios ha subsistido en los mexicanos una buena inteligencia y una recta

razón, idénticas a las de los demás hombres; una vez desterrada la ignorancia, se adherirán a la verdad, y podrán dar los mismos frutos que producen en Europa. De esta manera la obra alzatiana viene a ser una batalla entre el saber y la ignorancia, una batalla de ilustración y, en definitiva, de una educación adecuada al problema mexicano y conformada al siglo xviii, siglo “verdaderamente de luces”.

Para dejar expedito el uso de la razón, Alzate dió principio a su tarea educativa extirpando de la conciencia tradicional los errores y prejuicios que auspiciaba o causaba en ella la escolástica. Como lo había hecho años atrás Feijóo, Alzate repasa tan minuciosamente todas las materias por donde se colaba la ignorancia, que le cierra, al menos en teoría, cualquier resquicio para el futuro. Las innumerables disquisiciones, las sutilezas, las abstracciones, el argumento de autoridad, el abuso de los sofismas, los dictados, los textos de memoria, las disputas interminables, las jergas de comentarios, la metafísica formalista, el ente de razón, la preponderancia de la lógica, las concepciones metafísicas, especialmente la verdad infalible de Aristóteles y Santo Tomás, son objeto de artículos continuados en los que se muestra cómo deforman la inteligencia y la sumen en la ignorancia. Una y otra vez Alzate enseña que todo es falso, que la lógica, la física y la metafísica de las Escuelas sobran en los cursos de Artes. No existe el ente de razón. No hay movimientos violentos en la naturaleza, ni los cuerpos tienen apetitos innatos hacia sus centros. La generación espontánea, los cielos sólidos e incorruptos, los cuatro elementos, mueven a risa. La inutilidad de la escolástica es otro de los tópicos comunes. ¿Qué beneficio, pregunta, han traído a la nación las largas especulaciones sobre el ente de razón, sobre la sustancia, sobre el acto y la potencia? ¿Cuál es el resultado de los discursos sobre la materia y los espíritus, la forma y la educción? Alzate acusa a los amantes de la “rancia filosofía” de ser los autores de un mundo imaginario en que viven los mexicanos a espaldas de su mundo real. La deformación de la inteligencia, el desconocimiento de México y una vida ajena a los problemas del hombre: tales son las causas últimas de la decadencia.

La lucha contra la escolástica es el aspecto más conocido de la obra educativa de Alzate, pero es sólo la condición sin la

cual no hubiera podido llevarse a cabo su sentido positivo: el establecimiento de una buena inteligencia o de una recta razón. En realidad, se trata de dos aspectos que existen simultáneamente y se implican uno al otro. La tarea de negar, de quitar de las aulas y de la vida mexicana las consecuencias funestas de la escolástica formalista no se hubiera realizado de no haber mediado una línea de comunicación entre el predicador revolucionario y la multitud de oyentes. Ésta fué la razón. En todos los tonos, oportuna e inoportunamente, Alzate enseña a sus lectores, no sólo los beneficios que se derivan de una buena inteligencia, sino las características que la distinguen y los medios para adquirirla. Aun suponiendo, como falsamente suponen los más, que la reforma educativa habla de la educación o de la filosofía, pero ni hace labor educativa de tipo constructivo ni hace filosofía, no puede negarse el hecho de que su autor es un ferviente enamorado de la razón, y de la razón del mundo moderno, de la razón ilustrada. Las publicaciones periódicas claman desde 1768 hasta 1798 por que acaben los prejuicios que impiden el reinado de las luces en las aulas, en las costumbres, en la intimidad de la conciencia de todos los mexicanos. Cada página muestra la necesidad de volver a educar a los coloniales, empezando por las nociones más simples y por los principios más universales, pues sólo de esta manera se podrá dotar a todos de una buena inteligencia o, lo que es lo mismo, de la razón del siglo de las luces.

Buen ilustrado, Alzate estaba convencido de que en la educación así entendida estaba el remedio de todos los males. Con saber, con luces, con buen gusto, México sería un pueblo culto y los mexicanos hombres civilizados, esto es, semejantes a los que entonces se hallaban a la cabeza de la humanidad. Y, en efecto, la buena razón de la cual habla con insistencia no es otra que la razón natural ingénita en el hombre, limpia de formalismos escolásticos, con capacidad crítica tanto para distinguir entre las razones y la autoridad, entre la verdad y la falsedad, como para desconfiar del pasado y enjuiciar la tradición. Una razón, pues, nueva en comparación de la antigua. Ésta se supeditó a la fe, y su fruto, la verdad, nació inmutable y absoluto; aquélla no reconoce más criterios que la evidencia de sí misma, y sus limitaciones son las de la naturaleza humana.

Desligada por definición de lo trascendente, regida por el progreso y la novedad, tiene por objeto el mundo real que ofrece la naturaleza y se conoce por la experiencia. Ya no es el mundo de la otra vida, sino el que interesa de manera inmediata a los mexicanos. Se busca, no el "aguzamiento del ingenio" en la práctica sumulística, sino la utilidad y la felicidad que el hombre puede alcanzar para el hombre mientras vive en este mundo. En dos palabras pueden cifrarse todos los esfuerzos educativos que Alzate pone en los periódicos: enseñar la razón nueva y su funcionamiento correcto.

A una distancia de más de siglo y medio resulta difícil imaginar el cambio que operó en la vida mexicana una educación considerada por el educador y entendida por los educandos mediante la razón moderna, la razón por excelencia de las luces, y lo que es más, el cambio que operó una educación cuya meta era enseñar a pensar, a querer y sentir conforme a la nueva razón. La novedad no consiste en que ahora se ame a las ciencias y se tenga hábito experimental. No debe fijarse la atención exclusivamente en la naturaleza racionalista de la nueva educación. Si las columnas del Perípato se conmovieron desde sus cimientos, fué porque los coloniales contaron con otra idea del mundo, sostenida por una actitud mental cuyo objeto eran los problemas del hombre y el conocimiento de la realidad propia. Tal es el remedio radical de la decadencia sobre el que insisten tanto las publicaciones periódicas. Alzate machaca en todos los tonos su convicción fundamental de que la salvación del hombre en México estará garantizada cuando los mexicanos cuenten con la nota específica que los separa de los animales y las plantas; cuando hagan uso de la razón. Alzate es, pues, un educador no sólo porque restaura o compone la educación existente, sino porque mediante la educación reforma la mentalidad colonial en el sentido de volver a formarla.

Europeización de México.—Así como el conocimiento de la cultura y la vida coloniales produjo la reforma educativa, así el conocimiento de las causas que hacían poderosos a algunos pueblos europeos trajo por secuela la segunda europeización —la primera se llevó a cabo en el siglo xvi— de América y de México. El siglo de las luces, un siglo esencialmente eu-

ropeo, influyó de manera tan decisiva en las ideas de Alzate, que pudo sostener desde los primeros escritos que las causas de los males nacionales estaban en la historia propia, y que el remedio definitivo llegaría cuando los mexicanos hubiesen asimilado lo específicamente europeo, la cultura y la vida moderna, la llamada modernidad de Occidente. La reforma consiste por eso en sustituir la educación tradicional por la moderna, mejor, en educar las mentes y las voluntades, que habían desechado las novedades desde hacía un siglo, en las mismas preocupaciones, y formarlas en las mismas maneras de juzgar, de querer, de vivir, que se daban en los pueblos cultos de Europa.

Para el siglo xviii, como aún para nosotros, la modernidad se caracterizaba precisamente por la razón y su fruto, la ciencia. Conforme a esta idea, la obra educativa moderna no es otra cosa que una educación científica o una ilustración en todo género de ciencias. Alzate estaba convencido de que la educación de las luces o educación de las ciencias era el único medio para acabar con los formalismos ignorantes en que fincaba toda su fuerza la decadencia. Un estribillo domina en todas sus obras: la ignorancia de la ciencia por parte de los mexicanos contrasta con la necesidad que de ella tienen y con la utilidad que de ella sacarían. Esto explica que todos sus periódicos sean fundamentalmente publicaciones científicas, cuyo cometido consiste en mostrar la riqueza que gracias a la ciencia tienen los europeos frente a la pobreza americana, no menos que en enseñar los nuevos descubrimientos, los nuevos métodos, las nuevas verdades de la matemática, de la anatomía, de la medicina, de la botánica, de la geología, de la agricultura y de las artes en general.

Pero no se piense que el empeño continuado de Alzate por enseñar la ciencia obedezca a un prurito cientificista. Su obra entera es fundamentalmente una educación científica porque, lejos de enseñar una ciencia abstracta o puramente teórica, dispone los principios universales del saber de tal manera que se apliquen a las necesidades y al medio novohispano, y, lo que es más importante, pone su principal empeño en dotar a los mexicanos de una conciencia y de una razón científicas a la manera europea. Pero esta razón no está "ensimismada", como

la de Descartes o la de Kant, sino abierta al mundo más próximo y comunicada con la vida misma.

El sujeto, pues, de la ciencia es el mexicano, y su objeto es también el mexicano. Por esto, el alán europeísta de las publicaciones proporciona al lector el espectáculo de una ciencia universal que se vuelve mexicana al aplicarse a las cosas mexicanas de esta tierra y de este mundo. Pudiera opinarse que esta actitud es accidental a la obra de Alzate, pero es una de las características sin la que no puede concebirse. La ciencia para él, según se ha visto, no tiene objetos trascendentes y divinos, sino meramente terrenales y humanos. Aquí es donde el pensamiento alzatiano adquiere proporciones educativas de sentido moderno. Según Alzate, México tenía en abundancia educadores para el otro mundo, el que está más allá de la tierra, pero no tenía uno solo que educara para estas tierras, para remediar las necesidades del cuerpo y hacer feliz al hombre de este mundo. En momento alguno afirma, ni podía hacerlo, que la ciencia y las aplicaciones de ella a las necesidades concretas y problemas ocasionales excluya o niegue el mundo teológico del hombre. En su esfuerzo por educar a la moderna y a la europea no tiene cabida sino la educación expresa para este mundo, con la intención de salvar al hombre mexicano de la miseria, de la ignorancia en las cosas que atañen particularmente a este mundo.

Se comprende así que todos sus escritos prediquen el amor a las ciencias naturales y a las matemáticas, y que entre sus finalidades, como escribió Valdez a raíz de su muerte, esté en primer término el fomento de las industrias y de la agricultura, el perfeccionamiento de las artes o la creación de otras nuevas. En este sentido, la educación y en general la intención educativa son un tema expreso, consciente, dominante. Cualquier página, y más elocuentemente los prólogos, muestran la razón por la cual Alzate abrazó la vida de escritor público: enseñar la ciencia, enseñar a pensar y vivir conforme a la ciencia, conforme a la modernidad, patrimonio de Europa. Tan profunda es esta convicción en Alzate y tan decisiva para la dirección de su pensamiento, que el lector adquiere la certeza de que sus logros más plenos, aquellos en donde el hombre hispanoamericano se encuentra a sí mismo, están en la voluntad pedagógica. Y lo extraordinario de las *Gacetas* es que no

uno, sino todos los temas son pedagógicos. Todas las ideas son fruto de preocupación educativa o ellas mismas son educación.

Dadas las consecuencias de la modernización, es pertinente preguntar si Alzate era consciente de que su empresa pedagógica significaba la occidentalización de México y, sobre todo, si contaba con buenas razones que justificaran el intento de hacer al hombre colonial semejante al inglés o al francés. Pudiera suceder que haya sido uno de los primeros en poner a México en peligro de malograrse por la imitación de una cultura y una vida extrañas e impropias. ¿No es acaso un contrasentido exigir que el mexicano sea como el europeo, o pretender que los principios universales encontrados en Europa tienen no sólo validez teórica en México, sino que proporcionan soluciones a los graves problemas nacionales? La situación de la colonia y la misma lucha por modernizar a los mexicanos ¿no eran prueba inconcusa de que éstos estaban condenados a ser tradicionales, de que nunca serían hombres modernos, nunca entenderían ni harían principios universales, nunca tendrían una conciencia científica? Por múltiples razones, y entre otras porque no le preocupaba encontrar lo mexicano de la cultura mexicana, con todo y que su obra tenía una recia finalidad patriótica, Alzate no formula de manera expresa este tema. Quizá sea más cercano a la verdad decir que para él, de mirada más amplia y por eso más humana, el problema consistía en mostrar el derecho que tiene el mexicano de participar en la historia universal, lo que no pudo conseguir hasta enseñar en México que la ciencia es universal y señalar al mexicano la capacidad de su razón para asimilar, que no imitar, el mundo europeo. En todo caso, el conocimiento del sentido de la magna empresa educativa habrá de indicar las respuestas adecuadas.

Educación y utopía.—Puede decirse que la dolorosa circunstancia mexicana contrastada con el florecimiento europeo es la ocasión para que Alzate constituya un nuevo espíritu al mismo tiempo que justifica la validez de la razón del siglo. En efecto, como buen racionalista, estaba convencido de que la razón era el único camino de la educación, y de que en consecuencia la razón de las ciencias, la misma del mundo moderno, debía estar en la cultura, en las costumbres, en los

hábitos, en todos los actos, aun los cotidianos, lo que equivalía —y ésta es la pretensión expresa— a hacer de cada hombre un filósofo y meter la filosofía en cualquier manifestación de vida humana. Pero como la razón y la ciencia eran las del siglo de las luces y se caracterizaban por la autonomía, la educación universal no vino a hacer otra cosa que una autonomía total y, por eso, una independencia del pasado propio y de aquello que no fuese la razón misma.

Varias consecuencias se desprenden de esto. Una, que la educación tiene por objeto directo el logro de una especie de autarquía o suficiencia humana, de manera que el hombre, cualquier hombre, con sólo ejercitar la razón alcance el máximo beneficio de la naturaleza y la felicidad que le es esencial en esta vida. La providencia, lo divino, pertenece a otro plano. El hombre hace por sí solo su propio mundo. Otra consecuencia es que el destinatario del mensaje pedagógico está constituido por todos los hombres, pues todos deben despertar de la tradición y todos deben ser ilustrados por la razón. De esta manera, “ilustración” viene a significar lo mismo que educación, y “educación” lo mismo que razón y sus frutos. Y todo junto señala el sentido humano de la obra de Alzate. Levantándose sobre los problemas que le rodeaban, defiende las cualidades esenciales de la razón humana, que para él era sinónimo de lo humano en general, y por eso educa, no ya a la colonia, sino a la humanidad misma. ¡Con cuánta fruición expresa, a veces con claridad, a veces entre líneas, este cometido humano de su obra, y qué dolorido se muestra cuando los tradicionalistas le escatiman el título de educador del hombre!

Puede pensarse que Alzate educa para el buen éxito de la vida individual, o al menos, de la colectiva. Sus preocupaciones encaminadas a conseguir la felicidad en este mundo, pero sobre todo su afán de poner en contacto a los mexicanos con el dominio técnico de la naturaleza y su pensamiento entero de tintes fuertemente pragmáticos, parecen ser razones de peso. Con todo, no deja de ser ésta una manera superficial de ver las publicaciones periódicas. Es cierto que Alzate quiere expresamente que la nueva educación tenga esas finalidades, pero es igualmente cierto que deben darse por añadidura de un logro más pleno, que es la educación del hombre en lo que tiene de específicamente humano. la razón. Para él la ciencia no

es un fin en sí mismo, ni la utilidad el término de la labor educativa. Por su preocupación humana va más allá del utilitarismo y de un estrecho científicismo. En manera alguna quiere revolucionar la ciencia: intenta, y en parte lo logra, revolucionar al hombre mismo poniendo en su inteligencia toda la cultura moderna. En esa educación no aparece el Estado o el individuo: solamente los derechos del hombre. Tampoco aparece la moral. Alzate no educa con el fin de dotar al hombre de una conducta recta, ni siquiera a la manera socrática, mucho menos a la católica. No educa tampoco para pensar rectamente, como Descartes. En consecuencia no le interesa de manera directa la virtud, ni las reglas para pensar a derechas. Le preocupa ante todo configurar al hombre cambiándole la vida, el mundo, los hábitos, hacer un hombre nuevo, que parece ser la manera radical de educar.

Quien se haya asomado alguna vez a los escritos alzatianos sabe que en ninguna parte se encuentra definida esta doctrina, pero también sabe que el pensamiento expresado en ocasión de temas casuales y de mera circunstancia, que le sirven de envoltura, es éste. Las consecuencias parecen ser graves. Si la educación del hombre entraña la constitución de un nuevo espíritu, la educación de los habitantes de la Nueva España supone la constitución de un nuevo hombre americano y mexicano. Pero, además, la consecuencia inmediata de la nueva educación es la rehabilitación de las inteligencias, con lo que los americanos quedan en posibilidad de librarse por sí mismos del propio pasado y de construir al mismo tiempo, también por sí mismos, un nuevo mundo. Nada tiene de extraña o de ilógica la convicción alzatiana de que la razón ha empezado a construir en México otro mundo, un mundo nuevo con nuevos hombres, con nuevas inteligencias, de la misma manera que ha construído, por lo menos desde fines de la Edad Media, el mundo moderno en la parte culta de Europa. Este mundo con características distintas al anterior, según se ha visto, todavía no es, pero será necesariamente: nada puede oponerse al triunfo de la educación ilustrada, nada puede oponerse a las luces de la razón. La decisión de apresurar el advenimiento del nuevo mundo explica la manera como Alzate lleva a cabo la tarea educativa. Por eso es inquieto, reformador, destructor; por eso flagela a los enemigos y los zahiere sin piedad; por eso

escribe artículos y sostiene, sin otra ayuda que su exhausto peculio, sus publicaciones periódicas.

Y así México, que nació como toda América al calor de la utopía, se convierte por segunda vez en una utopía nueva, vale decir, en un mundo que no existe más que en el pensamiento de unos pocos, pero que sirve de refugio real. El Renacimiento concibe la utopía como un paso a otro mundo y a otra tierra. El siglo xviii mexicano nunca pensó siquiera huir de América; al contrario, los pensadores ilustrados, y entre ellos especialmente Alzate, tienen una conciencia tan clara de la grandeza del Nuevo Mundo, que en las diferentes reivindicaciones frente a Europa puede ya verse la convicción de que en él los valores de la cultura universal encontrarán el lugar apropiado para realizarse sin trabas. Contra lo que pudiera aparecer por lo expuesto hasta aquí, Alzate no niega el pasado ni afirma que no pertenezca a sus contemporáneos y a él mismo. Sus escritos son un continuo grito de alarma ante la incuria americana que ni defiende su historia ni la encauza por el camino de la grandeza. Y no es aberración afirmar que las *Gacetas* alzatianas son lecciones de historia, en el doble sentido de que narran los hechos materiales y espirituales de México y de que forman una conciencia histórica nacional a la manera de los grandes historiógrafos europeos. Al lado de la grandeza, que no se considera aquí, muestra con igual vigor la penuria espiritual y material, la ignorancia, los errores, los prejuicios, las notas todas de la decadencia. Incitado por el conocimiento de estos dos aspectos de la historia colonial, sostiene, con enseñanzas que abarcan todas las materias, que esa historia, en cuanto causa o entraña la decadencia, ya no debe existir: carece de una razón que la justifique, desde el momento que imposibilita el advenimiento de un futuro de grandeza para México. En este sentido el pasado no es reformable ni está sujeto a componendas; simplemente no es el mundo propio de los mexicanos. Pero esto no es obstáculo para que sea el trampolín desde el cual México es lanzado, por obra y gracia de la razón ilustrada del siglo, a otro mundo y a otra vida considerada como propia.

Se trata de la proyección hacia un mundo y una vida que todavía no existen: América, México mismo, sin lugar para ser proyectado a un futuro que no puede resultar ajeno porque

en él mismo está el lugar donde se realizará. De parecida manera, el que concibe la utopía y la lleva a cabo no es un europeo y un americano europeo, sino un mismo sujeto, el americano y el mexicano. América, pues, sin lugar, no ya para un extraño (como cuando alimentó la utopía renacentista del europeo), pero ni para el mismo americano. Si el americano es el que tiene que construir un lugar con el fin de huir de un mundo a otro, y esto sin abandonar América, la nueva utopía americana no es el paso de una tierra a otra tierra o el abandono de un continente en seguimiento de otro, sino el paso de la conciencia tradicional a la moderna, de la razón escolástica a la del siglo de las luces, de la historia decadente a una historia de grandeza. América vuelve a ser utopía con el paso a otro mundo interno o con el cambio de vida espiritual.

Haciendo a un lado la cuestión del alcance teórico de estas afirmaciones, parece pertinente hacer notar que con esto Alzate logra el paso definitivo a otro mundo o, lo que es igual, concibe la utopía radical que es huir de sí mismo para encontrarse a sí mismo en los tiempos modernos. Y así como la aplicación de la primera utopía convirtió a América en el Nuevo Mundo, así el advenimiento de la nueva razón habrá de hacer de América en general y de México en particular pueblos nuevos, en donde un hombre con otro tiempo interno realizará el lugar que no tienen y que les pertenece como propio. Si el americano mismo es el encargado de realizar la utopía y si no pasa a otra tierra físicamente distinta, cabe preguntar por ese algo que se logrará cuando el futuro advenga.

A este respecto las publicaciones periódicas son bastante explícitas, pues se trata de la finalidad que les dió nacimiento. México y América están sin lugar porque no sólo no participan de la historia de los pueblos cultos del orbe, sino que están imposibilitados para hacer por sí mismos y en sí mismos historia universal. Como México ni hace historia universal ni contribuye a ella, es tierra de utopía. Lo mismo sucede al continente americano. La historia les proporcionará el lugar, no un lugar cualquiera, sino un lugar digno en el consorcio de los pueblos modernos que dirigen los destinos de la humanidad. De conformidad con estas ideas, Alzate no pretende configurar un nuevo mexicano o un nuevo americano, sino un nuevo

hombre mexicano y americano. Dicho de otro modo, la realización de la utopía no es la tarea de un individuo, ni siquiera de una nación o de un continente. Es una tarea del hombre, al cual acontece ser mexicano, americano, español, francés o inglés. De este modo América, que nació al calor de la utopía renacentista, consciente ya de su existencia y su valor, alimenta la utopía humana. Y no se crea que Alzate concibe la realización de la utopía como la perfección límite para el desarrollo del hombre. Nada más extraño a su pensamiento que imaginar a América como un lugar tranquilo donde estén abolidos los pasos a otros lugares. Para él el americano y el hombre a secas tienen por nota esencial ser utópicos, porque la cultura que los hace posibles está fundada en la razón y ésta se rige por el progreso. Sabe, por amarga experiencia, que la razón de las ciencias es la que realiza la utopía y acaba con ella, pero no la razón moderna para la cual la verdad nunca estará hecha y siempre se irá haciendo. Así, desde la segunda mitad del siglo XVIII, América es concebida como utopía, como una tierra cuyo lugar está en el futuro. Por eso la utopía americana alimenta la utopía del hombre.

Esta peculiar idea de la educación, que diferencia a Alzate de otros pensadores ilustrados (Bartolache, por ejemplo), muestra con claridad las influencias principales de su pensamiento: la modernidad sentida a través del cristianismo, y aun a través de la escolástica, como resultado de lo cual la educación tiene por objeto lo humano en general, sea que se encuentre en el individuo, en la sociedad, en la nación, en el continente o en el mundo. Su objeto es, pues, el hombre, y al mismo tiempo el hombre con problemas y necesidades definidas. El sentido humano adquiere mayor relevancia cuando se cae en la cuenta de que la utopía es no sólo el término lógico de las ideas educativas, sino que ella misma es educación. En efecto, es de la esencia de la utopía dejar de ser tal por la realización en un lugar concreto, cosa que sólo podía ser posible mediando la existencia de un hombre, de un espíritu y de una cultura en donde se lleve a cabo.

Educación y utopía se implican mutuamente. La educación es la que desplaza a otro mundo, y la utopía es el compendio de la tarea educativa. Una y otra son el símbolo de la cultura moderna y al mismo tiempo el inicio de una mayor

participación de México en la historia universal. A una distancia de siglo y medio, se sabe que la utopía ha dejado de realizarse en más de una ocasión; pero Alzate, ilustrado y por eso creyente pertinaz de los frutos de la razón, estuvo siempre convencido del advenimiento inminente de un nuevo mundo para México, mejor, de un México nuevo que ya presentía, y cuyo principio feliz le tocó palpar cuando se daba cuenta de que las luces empezaban a rendir frutos y de que los americanos no estaban tan dejados de la mano de Dios, como falsamente suponían algunos historiadores europeos. Le dieron la razón todos aquellos, enemigos o seguidores, que entendieron el sentido de su obra. Pero si la educación moderna no era ajena para los lectores de los *Diarios* y las *Gacetas*, la utopía humana, a la que Alzate dedicó sus esfuerzos, estaba en vías de realización. De ser cierto esto, México justificó desde el siglo XVIII su existencia ante la historia universal y tuvo desde ese tiempo una historia propia capaz de ser parangonada con la de los pueblos que dirigían la humanidad. Y paralelamente, América contó con un lugar propio al contribuir el americano a alimentar la utopía que parece esencial al hombre.

Teoría de salvación.—Que la reforma y la tarea educativa no sea en Alzate algo superficial, es evidente. Pero tampoco obedece a un capricho o depende de la voluntad de su autor. Dada la conciencia histórica que tiene de México, América y Europa, la educación universal es necesaria. En efecto, en todos los escritos se encuentra una convicción inalterable según la cual la razón antigua y el hombre salido de ella no sólo son inútiles, sino que imposibilitan de raíz la vinculación de México con el resto de los pueblos cultos. Y, paralelamente, sostienen que el pasado colonial, así como el porvenir de México en la historia universal, están ligados a la aceptación o rechazo de un nuevo mundo para los integrantes de la nación, el mundo de la razón y de la ciencia, el mundo de la modernidad. El tema insistente de la decadencia tiene por correlativo el tema, insistente también, de la salvación. El menosprecio con que veían al Nuevo Mundo los europeos (sin excluir a los españoles) fué un acicate para concebir la realización de su obra como una tarea inaplazable. De esta manera para Alzate, y más tarde para los liberales, la educación resume los

problemas nacionales y es ella misma el primer problema nacional.

El compromiso de llevar sobre sus hombros una tarea salvadora de tales magnitudes hizo de Alzate el pensador ilustrado más inquieto, el predicador de vicios y verdades más atrevido y audaz del siglo XVIII, y de su obra (el *Diario Literario* en 1768, los *Asuntos Varios* en 1772, las *Observaciones Varias* en 1778 y la *Gaceta de Literatura* de 1788 a 1795) un gran sermonario laico, cuyo tema consciente, expreso, inacabable, es la grandeza nacional y el examen atento de las causas y remedios de la decadencia del hombre en América y especialmente en "la nación". Ésta es la unidad que algunos no alcanzan a ver en las noticias más variadas y las materias más heterogéneas que integran los periódicos. Y desde este punto de vista se conoce el sentido que guardan en relación con la cultura universal y la que podría llamarse mexicana. La reforma y la conformación de un nuevo mundo y de otro hombre no son accidentes en la obra alzatiana, y tampoco lo es la consecuente ilustración en todo género de materias.

En Alzate, más que en ningún otro autor de las postrimerías de la colonia, existe una estrecha correspondencia entre vida y pensamiento, entre la forma de expresar las ideas y la realidad. Una salvación universal sólo era posible con una educación, también universal, de todos los mexicanos, del ignorante y el sabio, del agricultor y el obrero, de grandes y chicos, de hombres y mujeres. Por eso concibió, a la manera de los tiempos ilustrados, unos diarios enciclopédicos que revolucionarían el pensamiento, las tradiciones, las costumbres, la vida mexicana entera. Consciente de estas verdades, pone sus recursos, su ingenio, su tranquilidad y hasta su salud al servicio de la tarea de salvación. ¿Quién como él se desprende de sí mismo en el siglo XVIII para hacer que los demás se encuentren a sí mismos por la educación? Ciertamente Ignacio Bartolache lo iguala, y aun lo sobrepasa en la concepción teórica de la modernidad, pero nadie escribe tan humanamente, nadie pone en sus obras o en su vida la pasión y la emoción con que Alzate tapa los resquicios de la decadencia y construye las bases de la grandeza nacional.

Cuando los tradicionalistas despertaron de su letargo debido a la crítica demoledora del siglo de las luces, acusaron

a Alzate de abandonar las venerables verdades del pasado, de sostener proposiciones peligrosas para la religión y “ofensivas y poco decorosas a la ley y a la nación”. Alzate, al igual que los otros pensadores ilustrados, también fué acusado de “extranjerismo”. Parecía inconcebible a los ciegos amigos del Perípato que se procurase la salvación patria negando la tradición e importando las doctrinas extrañas de la Europa iluminada con las luces del siglo. Nunca da una respuesta concreta a esta objeción insistentemente formulada. Su obra entera, henchida de patriotismo, es el mejor argumento contra la cultura cerrada y la idea estrecha de la patria que privaban a los mexicanos de la comunidad de las naciones cultas, justificando con ello el título de “bárbaros”.

Precisamente la rebeldía contra la exclusión de América de la historia universal, incentivo común a los hombres modernos del siglo mexicano de las luces, hizo que Alzate abriese las fronteras de la conciencia patria a los métodos científicos y a la razón de la cultura moderna de Occidente. Por todo esto la reforma educativa de Alzate significó de hecho la segunda modernización y occidentalización de México y, en cuanto hay preocupaciones americanas en su pensamiento, de América. Al contrario de lo que sucedía con los defensores de la educación antigua, la modernidad no era problemática, ni necesitaba justificar su aplicación a las mentes y a los problemas americanos. Así como la importación de la cultura renacentista quedó justificada frente a los problemas originados por el descubrimiento, la conquista y la colonización, así esta segunda importación de cultura europea se justificaba ella misma y tenía en sí misma el porqué de su aplicación más allá de los límites en que había nacido. Pero no puede seguirse hablando de que la educación nueva implique una “occidentalización”, una “europeización”, una “imitación” de la cultura moderna.

Alzate es uno de los máximos representantes en México de la filosofía de la ilustración, en la que culminó el movimiento hacia la universalidad del saber y hacia el reinado de la razón universal. Como buen ilustrado, no podía concebir que la cultura hubiera sido entregada en patrimonio al inglés, al francés o al italiano, ni podía aceptar tampoco que la única cultura europea válida para México fuera la del siglo xvi.

Para él la ciencia y la razón son propiedad del hombre y desconocen barreras nacionales. Sus obras enseñan con insistencia que la cultura moderna no es europea, sino humana.

Y así, mientras puede sostenerse con éxito que la obra de Alzate es un tratado de cómo salvar al hombre sin limitaciones nacionales y aun continentales, no pasa igual con el falso problema de la "occidentalización", pues por ningún lado se encuentran preocupaciones motivadas por la ascendencia europea de la modernidad. Debido a esta convicción oriunda del pensamiento ilustrado, la modernización es desplazada de las urgencias mexicanas y americanas a un plano humano, tal como acontecía con las inteligencias conductoras de las luces en Francia e Inglaterra. Sería falso decir que los pensadores del siglo olvidan sus respectivos países, pues continuamente están aplicando la ciencia a los problemas patrios, pero inherente a su manera de entender estas ideas está su insistencia en la naturaleza universal de sus ambiciones. Cada uno era un habitante del mundo de la razón o, según la frase feliz acuñada por el venerable Feijóo, que tanto gustaba de repetir Alzate, un ciudadano de la república libre de las letras. Consecuentemente, el autor de las *Gacetas* muestra sin complejos que el americano participa de la misma naturaleza que el europeo, y que tiene la misma capacidad para asimilar y hacer cultura moderna.

Tales son las actitudes espontáneas, primarias, con que los periódicos alzatianos buscan remedio a la decadencia americana. No debe extrañar, pues, que se defienda el acceso de América a la modernidad como un derecho ingénito, no sólo por haber nacido ligada umbilicalmente al saber occidental, sino por ser la cultura moderna una nota esencial del hombre. Para Alzate esta condición humana es incontrovertible: ni el americano podía rechazarla aunque quisiera, ni el europeo podía negársela. Desde este punto de vista la modernización de México y de América no tiene otro sentido que el de un grandioso esfuerzo por colocar al mexicano y al americano en el plano universal, reivindicando para uno y otro los derechos humanos amenazados por la decadencia. Y la educación aparece como una tarea inaplazable, necesaria, con dos finalidades bien determinadas: humanizar a los mexicanos haciéndolos gozar, mediante la modernización, de su patrimonio de

hombres, y corregir el resultado defectuoso de la primera aplicación de la cultura europea, tomando providencias, al mismo tiempo, para evitar desviaciones en el futuro.

Es difícil encontrar en el siglo XVIII otro educador —tal vez solamente Bartolache, y en ciertos aspectos Gamarra— que luche por la salvación del mexicano mediante la salvación de todo lo que había de hombre en él. Ciertamente nadie vió con igual claridad que el problema consistía de una manera fundamental en la salvación del hombre y no del mexicano, como tampoco nadie vivió la convicción de que el mexicano se salvaría como hombre cuando se modernizara. Así, pues, Alzate contribuyó más que ningún otro a la existencia de México como pueblo moderno, como pueblo que hacía historia universal en cumplimiento de sus derechos.

A ESTAS ALTURAS YA ES comprensible cómo en el pensamiento de Alzate la occidentalización o la modernización significa el encuentro del mexicano por el mexicano mismo y por lo tanto el remedio definitivo de la decadencia. La salvación de lo humano de los americanos hizo posible, no sólo la aplicación válida de una cultura que parecía extraña, sino también una continua meditación sobre México, su cultura y sus problemas. La educación en las verdades europeas se revierte sobre México creando una conciencia nacional. Huelga decir que Alzate es educador en el sentido profundo y humanístico de la palabra. Por razones obvias no se considera aquí el alcance y la actualidad de su ideario educativo, pero es evidente que en este aspecto sufre decorosamente la comparación con los máximos pensadores de la Europa ilustrada y con los más grandes educadores de Hispanoamérica, Fernández de Lizardi, Montalvo, Sarmiento, Rodó, Martí, Sierra, Caso. Y aún debe añadirse que si Alzate es un escritor representativo del pensamiento mexicano, esto se debe a que sobre otras cualidades es educador, y por eso creador de conciencia nacional, guía y conductor del hombre, fundador de un pueblo nuevo.